

DE MIS PADRES

El 11 de Agosto de 1967, era el cumpleaños de mi padre. Mi madre, mi hermano y yo, le estábamos esperando en el alto del lavadero, para verle llegar montado en su vespa, para pasar el fin de semana con nosotros, como otras muchas veces.

Cuando al fin llegó, todos nosotros nos sentamos debajo de los árboles y contemplamos un enorme chopo que se erigía frente al depósito del agua y al lado de la carretera que conducía a Ciruelos del Pinar, que pese a estar a veces anegado por agua no muy limpia que provenía del lagar y del matadero, se había alzado casi 30 ó 40 metros sobre sus raíces y nos miraba altanero. Mi padre nos contó algunas de las historias de Maranchón, de las familias de mis padres. Las partes tristes de la historia de su pueblo: su crimen, sus rivalidades. Y las más alegres: sus amigos, las fiestas, las locuras de juventud, su historia de amor con mi madre.

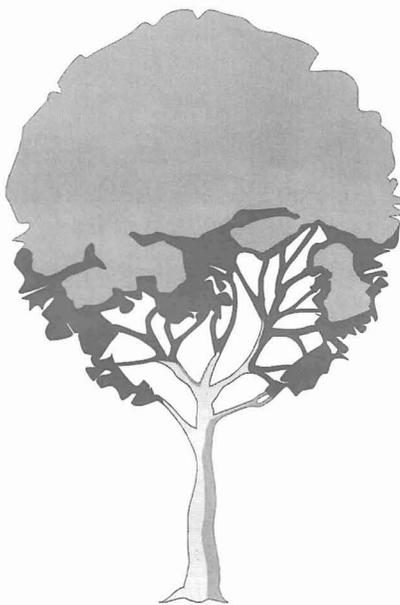
Y tal vez por todos aquellos relatos, y alguna pequeña confesión, desde aquel día, empecé a identificar a aquel hermoso chopo como la señal de llegada a mi casa, a mi pueblo, quizá más que cuando divisaba la ermita o la plaza de toros, dependiendo de la dirección de llegada.

A veces, cuando salía a cazar por el campo de aviación con mi padre, a la vuelta veía sus ramas moviéndose por la brisa; cuando, acompañados de amigos en bicicleta camino de merendar en el recuévano, dábamos palmas o gritábamos y cientos de pájaros que vivían en sus ramas, asustados, emprendían su vuelo; o alguna noche que

contábamos historias de miedo, se acrecentaba éste por el sonido de algún buho que allí estaba posado. También esas noches en las que hacíamos migas en el lavadero.

Unos años más tarde, la vuelta de las fiestas de Ciruelos, las tardes sentados en el lavadero en las primeras charlas con las chicas, y, ¿por qué no decirlo? alguna caza furtiva de pájaros, primero con el tirachinas, después con la escopeta de aire comprimido.

Pero el tiempo no puede dejar las cosas ni las personas al margen, y la tecnología, la segu-



ridad y el desarrollo llegaron a "mi" chopo y un buen día el M.O.P.U. en aras de la seguridad, el bienestar y mejora de las infraestructuras me cortaron "mi" chopo y casi dan también fin a la barbacana y de paso cortaron otro chopo casi tan grande al lado de la plaza de toros.

Aquel día algo en mi se murió, buscaba la señal de la vida en aquel lugar donde se alzaba orgulloso "mi" chopo, que de pronto hubiera un rebro-



te de vida en aquel lugar. Pero no lo vislumbraba.

MI padre me hizo ver que las raíces de aquel chopo estaban tan arraigadas a esa tierra que buscarían su rebrote, que tal vez tardaría tiempo, pero lo lograrían y el chopo volvería a nacer.

Y cuando unos años más tarde se me murió mi padre, comprendí lo que me había explicado, que al igual que aquel chopo, yo tengo las raíces escondidas en Maranchón, y pasará el tiempo y ese seguirá siendo mi punto de referencia. Cuando todo se tambalea lo único que sigue permaneciendo fijo y seguro es este pueblo.

Y pensé que era una situación particular mía, aislada. Pero al regresar, encuentro amigos a los que no veía en años. Que como yo, se fueron pensando que había sido una etapa más de su vida y que cuando vuelven, al paso de los años, buscan sus raíces, como yo.

Tal vez yo, como todos esos amigos, no hemos nacido en Maranchón pero, por favor, decidme ¿de dónde somos?

**José María
Sacristán Martínez**
(El hijo de Alejandro: el
del Santillos y de Desideria,
la de Simeón, el sastre).